

TEE.—Sí.

EXT.—No es, pues, el mismo.

TEE.—No, sin duda.

EXT.—Y, sin embargo, es el mismo en el sentido de que participa del mismo.

TEE.—Ciertamente.

EXT.—Debe, pues, reconocerse que el movimiento es y no es el mismo. En efecto, cuando decimos que es y que no es el mismo, es bajo dos diferentes puntos de vista. Es el mismo, porque considerado en sí, participa del *mismo*; no es el mismo, porque se asocia al otro, lo que hace que difiera del mismo y que sea otro que el mismo; de suerte, que es igualmente exacto decir que no es el mismo.

TEE.—Muy bien.

EXT.—Por consiguiente, si el movimiento pudiese en alguna manera participar del reposo, nada habría de absurdo en llamarle reposado.

TEE.—Esto sería bueno si estuviésemos convencidos de que entre los géneros unos pueden y otros no combinarse.

EXT.—Esto es, en efecto, lo que hemos demostrado antes de llegar á este punto y hemos hecho ver que se funda en la naturaleza á las cosas.

TEE.—Sin duda.

EXT.—Volvamos á tomar el hilo de nuestra discusión. El movimiento es

otro que el *otro*, y difiere del *mismo* y del reposo.

TEE.—Necesariamente.

EXT.—No es, pues, otro y es otro, según nuestro razonamiento.

TEE.—Es verdad.

EXT.—¿Podemos, pues, decir, que el movimiento es otro que nuestras tres primeras ideas, pero que no es otro que la cuarta después de haber acordado que las ideas escogidas son cinco?

TEE.—¿Qué medio habría? Nos es imposible reducir ahora el número, que antes hemos hecho constar.

EXT.—Sin temor podemos, por tanto, asegurar que el movimiento es otro que el sér.

TEE.—Sin el menor recelo.

EXT.—Es claro, por tanto, que el movimiento no existe y también que existe, puesto que participa del sér.

TEE.—Esto no puede ser más claro.

EXT.—El no-sér, por consiguiente, se halla en el movimiento y en todos los géneros. Porque la naturaleza del otro, presente en todos ellos, hace que cada cual sea otro que el sér y se haga no-sér. De modo, que bajo este punto de vista, se puede decir con justicia que todo es no-sér; así como participando todo del sér, puede decirse que todo es sér.

TEE.—Creo lo mismo.

EXT.—Así en todas las ideas, el sér

como el no-sér, tienen espacio y lugar.

TEE.—Es claro.

EXT.—Y ¿no puede decirse que el sér mismo es otro que todo lo demás?

TEE.—Necesariamente.

EXT.—Y por consiguiente, tantas cosas hay diferentes del sér, otras tantas veces el sér no es; porque el sér, que es uno, no es todas las cosas y hay, por tanto, un número infinito de ellas diferentes de él.

TEE.—Muy bien.

EXT.—Y esto no debe asombrarnos, puesto que la naturaleza de los géneros permite que unos con otros se asocien; para demostrarnos que actualmente erramos preciso es demostrar que antes lo hicimos igualmente.

TEE.—¿Y el no-sér?

EXT.—Lo que llamamos no-sér no es lo contrario del sér, sino *otra* cosa distinta.

TEE.—¿Cómo?

EXT.—Por ejemplo; cuando hablamos de alguna cosa que no es grande, ¿crees que con esto expresamos que sea pequeña y no mediana?

TEE.—No.

EXT.—No concederemos, pues, que la negacion significa lo contrario del término positivo; la partícula *no*, expresa solamente alguna cosa que difiere de los nombres que la siguen, ó más

bien de las cosas á que se refieren los nombres colocados despues de la negacion.

TEE.—Perfectamente.

EXT.—La naturaleza del sér parece dividirse en mil partes como la ciencia.

TEE.—¿Cómo?

EXT.—La ciencia tambien es una en cierto modo, pero cada una de sus partes, al referirse á un objeto determinado, se halla determinada y recibe una denominacion particular; y de aquí procede la diversidad de las artes y las ciencias.

TEE.—Muy bien.

EXT.—Lo mismo sucede con la naturaleza del otro que tiene partes, siendo en realidad uno.

TEE.—Está bien, pero ¿cómo tiene esto lugar?

EXT.—¿No hay una parte del otro opuesto á lo bello?

TEE.—Sí.

EXT.—¿Tiene nombre ó carece de él?

TEE.—Tiene uno, lo que llamamos á cada instante feo ó no bello, ¿qué es sino lo distinto, lo que es otro de lo bello y de su naturaleza?

EXT.—Veamos. Contéstame.

TEE.—¿A qué?

EXT.—Lo no-bello, ¿es una cosa que se determina en un cierto género de los séres y que se coloca en oposicion con algun otro ser?

TEE.—Eso es.

EXT.—Lo no-bello, es, pues, la oposicion á un sér.

TEE.—Perfectamente.

EXT.—Pero ¿es que lo bello está más que lo no bello en el número de los séres?

TEE.—No.

EXT.—¿Debe, pues, decirse lo mismo de lo no-grande ó pequeño y de lo grande?

TEE.—Lo mismo.

EXT.—¿Debe pensarse igualmente respecto á lo justo y lo injusto?

TEE.—En efecto.

EXT.—Diremos otro tanto de todo lo demás, desde el instante que la naturaleza de lo otro nos ha parecido que es del número de los séres, si lo otro existe, es necesario que existan tambien sus partes.

TEE.—No hay duda.

EXT.—Así, pues, á lo que parece, la oposicion de una parte de la naturaleza de lo otro con el sér, no deja de ser una esencia, y lo que representa no es lo contrario del sér, sino solamente *otra* cosa.

TEE.—Es claro, como el día.

EXT.—Ahora bien; ¿cómo llamaremos á esta oposicion?

TEE.—Evidentemente no-sér.

EXT.—¿No tiene, pues, tanta realidad

y esencia como todos los demás géneros? ¿no debe declararse francamente que el no-sér posee una naturaleza sólida, y que le es propia? Como lo grande es grande y lo bello bello, como lo pequeño es pequeño y lo feo feo, ¿no hemos dicho, y no decimos que el no-sér es no-sér, que tiene su puesto entre los séres, una de cuyas especies es y representa? ó bien, Teetes, ¿se nos presenta aún aquí alguna duda?

TEE.—Ninguna.

EXT.—¿Sabes que hemos olvidado la defensa de Parménides, y que estamos bien léjos de este punto?

TEE.—¿Cómo?

EXT.—Nuestras indagaciones han traspasado con mucho los límites que nos habia fijado.

TEE.—Expílicate.

EXT.—¿No nos ha dicho

Jamás comprenderás que el no-sér sea;
Aparta tu razon de tal camino?

TEE.—Así nos habla, en efecto.

EXT.—En cuanto á nosotros, no solamente hemos establecido que el no-sér es, sino que hemos procurado esclarecer la idea misma del no-sér. En efecto, hemos demostrado que la naturaleza de lo otro, existe verdaderamente, y que está como dividido entre todos

los séres comparados entre sí, y no hemos vacilado en declarar que cada una de sus partes precisamente, en tanto que se opondrá al sér, constituye el no-sér.

TEE.—Creo, extranjero, que este modo de ver es la verdad misma.

EXT.—No se diga, pues, que despues de haber demostrado que el no-sér es contrario al sér, nos atrevemos á afirmar, sin embargo, que existe. Porque, respecto de un contrario del sér, hace ya tiempo que hemos declarado que no nos cuidábamos de saber si existia ó no, si era conforme á la razon ó si la repugnaba. En cuanto á nuestra proposicion que afirma que el no-sér existe, preciso es que se nos pruebe que estamos en un error refutándonos, ó si esto no es posible, que se diga con nosotros que los géneros pueden combinarse; que el sér y lo diferente penetran en todos y se penetran recíprocamente que lo diferente, participando del sér, existe en virtud de esta participacion; sin llegar á ser aquello á que participa y que, en fin, siendo distinto del sér, es claro como el día que es necesariamente el no-sér. A su vez el sér, comunicando con lo diferente, es distinto de todos los demás géneros; siéndolo, ni es igual á cada uno de ellos ni á todos á la vez; de suerte, que hay mil cosas que el sér no es bajo mil aspectos; y

todos los demás géneros parecidamente; ya se les considere en particular, ya en conjunto, son de muchas maneras, y de muchas maneras no son.

TEE.—Es cierto.

EXT.—Si alguno duda de estas oposiciones, reflexione en sí mismo y propónganos una solucion mejor que la nuestra. Si por el contrario, imaginando haber inventado algo más difícil procura aplicar el razonamiento, ora en un sentido, ora en otro, se tomará demasiado trabajo por una cosa que no lo merece, como lo precedente lo demuestra. Esto no exige tanto cuidado ni es tan difícil de encontrar; pero hé aquí lo que es difícil y hermoso á la vez.

TEE.—¿Qué?

EXT.—Lo que ya hemos dicho: dejar esas bagatelas y hacerse lo más capaz posible de refutar, combatiendo cada una de sus palabras, á los que pretenden que lo diferente es tambien lo mismo en cierto modo, que lo mismo es tambien lo diferente de la misma manera y bajo el mismo punto de vista. En cuanto á demostrar de un modo cualquiera que lo mismo es lo diferente y lo diferente lo mismo, lo grande pequeño, lo semejante desemejante, complaciéndose en poner en contradiccion los razonamientos contrarios, no constituye un método sério y denuncia á un novicio que entra

por primera vez en comercio con los séres.

TEE.—Perfectamente.

EXT.—Porque, querer separar todo de todo, es una loca empresa propia solo de un hombre completamente extraño á las musas y á la filosofía.

TEE.—¿Por qué?

EXT.—Porque no hay medio más seguro de destruir toda clase de discursos que dividir todas las cosas, separándolas, una vez que el discurso nace del enlace y consorcio de unas ideas con otras.

TEE.—Es verdad.

EXT.—Vé, pues, como teníamos razon al combatir á nuestros adversarios y al obligarles á reconocer que las cosas se combinan.

TEE.—¿Por qué?

EXT.—Porque el lenguaje es para nosotros uno de los géneros de los séres. Si nos viésemos de él privados, cosa extremadamente grave, nos veríamos privados de la filosofía: preciso es comprender que si se nos quitase el lenguaje absolutamente, no podríamos decir la menor cosa y nos sería quitado si concediésemos que no puede combinarse cosa alguna con otra.

TEE.—Pero no me explico por qué debemos ahora extendernos acerca de la naturaleza del lenguaje.

EXT.—Acaso te lo expliques siguiéndome por este camino.

TEE.—¿Por cuál?

EXT.—El no-sér se nos aparece como un género entre todos los demás y exparcido entre todos los séres.

TEE.—Sí.

EXT.—Debemos, pues, examinar si toma parte en la opinión y en los discursos.

TEE.—¿Por qué?

EXT.—Si no se mezcla con ellos, debe todo sér necesariamente verdadero; si se mezcla, la opinion se hace falsa y el discurso tambien, porque juzgar ó decir lo que no es, es lo verdaderamente falso en el pensamiento y en el lenguaje.

TEE.—En efecto.

EXT.—Pero si hay algo en él de falso, habrá error.

TEE.—Sí.

EXT.—Y si hay error, estará lleno de simulacros, de imágenes y de fantasmas.

TEE.—Sin duda.

EXT.—Ahora bien; hemos dicho que el sofista se habia refugiado en este punto, pero negando en absoluto que hubiese nada falso. Pretendia, en efecto, que el no sér no podia concebirse ni expresarse, porque no podia en modo alguno participar de la existencia.

TEE.—Es cierto.

EXT.—Pero hemos hallado que el no-sér participa del sér, de modo que el sofista no luchaba acaso en este terreno. Pero puede ser que quisiera decir que entre las especies unas participan del no-sér, y otras no participan, y que el discurso y la opinion son de las que no participan. Su táctica consistiría entonces en demostrar que el arte de hacer simulacros y el de la fantasmagoría, que hemos recordado, no existen absolutamente, puesto que la opinion y el discurso nada tienen de comun con el no-sér. Hé aquí por qué nos es preciso ahora estudiar la naturaleza del discurso, de la opinion y de la imaginacion, á fin de que conociéndolas mejor, podamos ver lo que hay de comun entre estas cosas y el no-sér, y viéndolo, demostraremos que lo falso existe, y habiéndolo demostrado, encadenemos al sofista, si entra, en efecto, en el género de lo falso, ó si no, le dejemos ir para buscarle en otro género.

TEE.—Ciertamente, extranjero, parece que no nos hemos equivocado, al decir al principio del sofista que es una especie cuya caza es difícil. Parece tener en su mano mil obras de defensa que nos opondrá sucesivamente de modo que jamás se llega á él sin combate. Y ahora, apenas hemos deshecho la pro-

posicion de que el no-sér no es ó existe, en que se refugiaba, cuando construye una nueva y nos obliga á demostrar que lo falso existe en el discurso y en la opinion. Despues de esta dificultad, suscitará otra, luego otra y ¿acabaremos alguna vez?

EXT.—Es preciso tener valor, queriendo Teetetes, siempre que se avanza, por lentamente que sea. Si se desesperase entonces, ¿qué sucederia, pues, en ocasiones más difíciles, cuando no se avanza y hasta se retrocede? No es este un asunto baladí, pero ahora, querido amigo, cuando hayamos vencido la dificultad que señalas, seremos dueños de la más fuerte fortaleza del sofista, y nada habrá luego que nos detenga.

TEE.—Hablas perfectamente.

EXT.—Consideremos, pues, ante todo, como acabamos de decir, el discurso y la opinion, y sabremos si pueden relacionarse con el no-sér, ó si son absolutamente verdaderos y nada hay en ellos de falso.

TEE.—Es justo.

EXT.—Y bien; el exámen que hemos hecho para las especies y para las letras, hagámosle tambien de la misma manera para las palabras. Creo que llegaremos al fin de nuestra indagacion por este camino.

TEE.—¿Qué quieres, pues, que apren-

damos relativamente á las palabras?

EXT.—Si concuerdan todas ó no, si todas son susceptibles de combinarse.

TEE.—Evidentemente, unas son susceptibles y otras no.

EXT.—Adivino lo que quieres decir: las que pronunciadas unas detrás de otras tienen una significacion, son susceptibles de combinarse, y las que se encadenan sin formar sentido, no lo son.

TEE.—¿Qué entiendes por esto?

EXT.—Lo que imaginaba ser tu pensamiento cuando me has contestado conforme á mi propia opinion. Hay, en efecto, dos especies de signos para representar por la voz lo que existe.

TEE.—¿Cómo?

EXT.—Los que se llaman nombres y los verbos.

TEE.—Explicame esto.

EXT.—El signo que se aplica á los actos, es llamado verbo.

TEE.—Sí.

EXT.—Y el signo que se aplica á los que lo realizan, es llamado nombre.

TEE.—Muy bien.

EXT.—Ahora bien; los nombres pronunciados seguidos, no forman oracion, así como tampoco los verbos pronunciados sin mezcla de nombres.

TEE.—No sabia esto.

EXT.—Es, pues, claro que tenias

otro pensamiento; porque yo queria decir que los nombres ó los verbos pronunciados uno tras otro, no forman un discurso.

TEE.—¿Cómo?

EXT.—Por ejemplo: *marchar, correr, dormir* y todos los demás verbos, representan acciones, pero si fuesen todos pronunciados en fila, jamás formarían un discurso.

TEE.—En efecto.

EXT.—Y así mismo, áun cuando se diga *leon, ciervo, caballo* y todos los demás nombres uno tras de otro, nunca resultará un discurso. Ni en un caso ni en otro, las palabras expresan accion ó inaccion alguna, existencia del sér ó del no-sér, en tanto que no se mezclen los verbos á los nombres. Si se mezclan, se combinan y hay discurso, es decir, una primera combinacion, el primero y más pequeño de los discursos.

TEE.—¿Cómo dices?

EXT.—*El hombre ama*: ¿no reconoces que es esta la oracion más sencilla posible y la primera?

TEE.—Sí, ciertamente.

EXT.—Expresa, en efecto, alguna de las cosas que son, que han sido, ó que serán; no la nombra solamente, sino que la determina en algun modo, y esto combinando los verbos con los nombres. Por esto no decimos de aquel que habla

así que nombra, sino que se expresa y dá forma á un discurso, y por esta palabra designamos esta combinacion.

TEE.—Bien.

EXT.—Y como entre las cosas, entre los signos vocales los hay que se combinan y los hay que no, y los que se combinan forman el discurso. Pero vamos á otra cosa. Desde el momento en que el discurso tiene lugar, es preciso que sea sobre alguna cosa, é imposible que no lo sea de alguna.

TEE.—En efecto.

EXT.—Es preciso tambien que sea de cierta naturaleza.

TEE.—Sin duda.

EXT.—Prestémonos á ser objeto de observacion.

TEE.—De acuerdo.

EXT.—Voy á citarte una oracion que formaré uniendo un asunto á una accion, por medio de un nombre y un verbo, y tú me dirás á qué se refiere.

TEE.—Lo haré en tanto me sea posible.

EXT.—*Teetetes está sujeto*: hé aquí un discurso que no es largo.

TEE.—No, sino muy corto, y habla únicamente de mí.

EXT.—¿Y este: *Teetetes, con quien hablo vuela por los aires?*

TEE.—Hé aquí un discurso en que no se habla sino de mí.

EXT.—Hemos dicho que cada discurso debe necesariamente ser de cierta naturaleza.

TEE.—Sí.

EXT.—Y ¿cuál es la naturaleza de cada uno de estos dos discursos?

TEE.—Uno es verdadero, otro falso.

EXT.—El verdadero dice de tí las cosas tales como son.

TEE.—Sin duda.

EXT.—El falso dice otra cosa distinta.

TEE.—Sí.

EXT.—Dice, pues, lo que no es, como si lo fuera.

TEE.—Lo concedo.

EXT.—Lo que dice de tí es distinto de lo que es, porque hemos dicho que relativamente á cada cosa, hay en ella mucho del sér y mucho del no-sér.

TEE.—Ciertamente.

EXT.—En cuanto al segundo discurso que he citado, observo ante todo que despues de nuestra definicion del discurso, es uno de los más breves que puede haber.

TEE.—Es cosa convenida.

EXT.—En segundo lugar habla de alguna cosa.

TEE.—En efecto.

EXT.—De nadie es sino de tí.

TEE.—Sin duda.

EXT.—Pero si de nadie fuese y de

nada, no habria discurso, porque hemos hecho ver que es imposible que el discurso no se refiera á algo.

TEE.—Es muy justo.

EXT.—Pero cuando se dicen de tí cosas *diferentes* siendo *las mismas*, cosas que no son como si fuesen, ¿no parece que una combinacion de verbos y de nombres así formada, forma real y verdaderamente un falso discurso?

TEE.—Es completamente cierto.

EXT.—Pero ¿no es evidente que el pensamiento, la opinion, la imaginacion y todos estos géneros, nacen en nuestras almas, ya verdaderos, ya falsos?

TEE.—¿Cómo?

EXT.—El medio más seguro de comprenderlo, es examinar la naturaleza de cada una de estas cosas y la diferencia que entre ellas pueda haber.

TEE.—Sírvenme, pues, de guia.

EXT.—Digo, pues, que el pensamiento y el discurso hacen uno. Hé aquí toda la diferencia. El diálogo interior del alma consigo misma, sin el auxilio de la voz, es lo que se llama pensamiento.

TEE.—Muy bien.

EXT.—El sonido que emite el alma por la boca, articulándole, es lo que se llama discurso.

TEE.—Seguramente.

EXT.—Sabemos además que en nues-

tros discursos se encuentran la afirmacion y la negacion.

TEE.—Lo sabemos.

EXT.—Y cuando la afirmacion ó la negacion se producen en el alma, mediante el pensamiento, ¿qué es esto sino la opinion?

TEE.—Bien.

EXT.—Si esta manera de sér se produce aún, no mediante el pensamiento, sino mediante la sensacion, ¿habrá nombre que mejor la convenga que el de imaginacion?

TEE.—Ninguno.

EXT.—Por consiguiente, una vez que el discurso es verdadero y falso, y una vez que el pensamiento es como un diálogo del alma consigo misma, la opinion, límite del pensamiento, y la imaginacion, mezcla de opinion y de sensacion, deben tambien ser algunas veces falsas por su afinidad y relacion con el discurso.

TEE.—Nada más cierto.

EXT.—¿Ves ahora cómo hemos descubierto la falsa opinion y el falso discurso, con más celeridad de la que suponíamos en el temor que abrigábamos de traspasar el límite de nuestras fuerzas suspendiendo esta indagacion?

TEE.—Lo veo.

EXT.—Acabemos, pues, con valor lo que por hacer nos queda. Y despues de

esta aclaracion, recordemos nuestras precedentes divisiones por especies.

TEE.—¿Cuáles?

EXT.—Hemos distinguido en el arte de los simulacros, el arte de copiar y el arte de la fantasmagoría.

TEE.—Sí.

EXT.—Y no sabíamos en cuál de estas divisiones comprender al sofista; en esta incertidumbre, las tinieblas se hicieron en derredor nuestro, al hallar la máxima tan discutida por los filósofos todos, de que no existen absolutamente imágenes, simulacros ni fantasmas, porque jamás ha existido especie alguna de falsedad.

TEE.—Lo recuerdo.

EXT.—Pero ahora, que viendo claro en el discurso, vemos claramente que la opinion puede ser falsa, decimos que es posible imitar á los séres, y que de estas imitaciones nace un arte de engañar.

TEE.—Es posible.

EXT.—Hemos estado de acuerdo en que el sofista pertenece á una de las dos especies que antes examinamos. Dedicuémonos, pues, de nuevo á dividir en dos el género establecido antes, sigamos en línea recta, fijándonos en las especies con que tiene afinidades el sofista, hasta que, despojándole de todo lo que le es comun con los demás séres, y

dejándole en su propia naturaleza, nos la podamos representar.

TEE.—Es justo.

EXT.—¿No habíamos empezado por distinguir el arte de adquirir del de hacer?

TEE.—Sí.

EXT.—En el arte de adquirir, el sofista hemos dicho que pertenecía sucesivamente á la caza, al combate, al negocio y á otras especies semejantes.

TEE.—Perfectamente.

EXT.—Pero ahora que el sofista es por nosotros comprendido en el arte de imitar, claro es que es el arte de hacer el que debemos dividir en dos. Porque imitar es hacer simulacros y no las cosas mismas, ¿es esta tu opinion?

TEE.—Esta misma.

EXT.—El arte de hacer se divide en dos partes.

TEE.—¿Cuáles?

EXT.—Una divina y otra humana.

TEE.—No comprendo aún.

EXT.—La facultad de hacer, si recordamos bien lo que al principio hemos establecido, es el poder mediante el cual existe lo que antes no existía.

TEE.—Recuerdo que digimos esto.

EXT.—Ahora bien; todos los séres vivos, todas las plantas que provienen de semillas ó de raíces, todos los cuerpos inanimados encerrados en las en-

trañas de la tierra, ¿existen por otro poder, por otra acción que la de un Dios que ha hecho que, no existiendo antes, todas las cosas comiencen á existir? ¿ó bien adoptaremos la creencia y el lenguaje del vulgo?

TEE.—¿Qué lenguaje y qué creencia?

EXT.—Que es la naturaleza quien engendra todo esto por una causa mecánica no dirigida por el pensamiento. ¿Diremos esto, ó bien que la causa universal está dotada de razon y de una ciencia divina, cuyo principio es Dios?

TEE.—Sin duda, por mi edad, he pasado con frecuencia de una de estas opiniones á otra. Pero hoy que te considero y supongo que en tus opiniones todas las cosas son obra de Dios, me inclino á creerlo así.

EXT.—Muy bien, Teetetes. Si te creyésemos capaz como á muchos otros de no mudar jamás de opinion, emplearíamos en todo nuestros esfuerzos en atraerte á nuestro partido por el razonamiento y el poder de la persuasion. Pero sé que tu natural te inclina, sin nuestro auxilio, á esas creencias, hácia las cuales te sientes arrastrado; paso, por tanto, á otra cosa. Afirмо que todas las cosas que se refieren á la naturaleza, son producto de un arte divino, y las que los hombres forman con las primeras, producto de un arte humano.

De donde se sigue que hay dos géneros en el arte de hacer: uno humano, y otro divino.

TEE.—Es justo.

EXT.—Divide aún en dos cada uno de estos dos géneros, y el arte de hacer comprenderá en total cuatro partes; dos que se refieren á nosotros y que son artes humanas; dos que se refieren á los dioses, y que son artes divinas.

TEE.—Bien.

EXT.—Pero dividiendo ya en otro punto de vista, cada una de estas dos primeras partes comprende dos: arte de hacer las cosas mismas, y lo que se puede llamar arte de hacer simulacros. Hé aquí, que el arte de hacer se divide aún en dos.

TEE.—Explicame el objeto de estas dos últimas divisiones.

EXT.—Nosotros mismos, todos los animales, los elementos de las cosas, el fuego, el agua, todo esto, ¿no sabemos que es obra de un Dios?

TEE.—Sin duda.

EXT.—Pero todas estas cosas están acompañadas de sus simulacros, que no son ellas, y estos simulacros son también resultado del arte divino.

TEE.—¿Qué simulacros?

EXT.—Los fantasmas de nuestros sueños, los que se ofrecen naturalmente á nuestras miradas durante el día, la

sombra que oscila en el fuego, y este doble fenómeno de la luz propia del ojo y de la luz exterior, encontrándose sobre una superficie brillante y pulimentada, y produciendo como los espejos, una imagen tal, que la sensación experimentada por la vista es la contraria de la sensación ordinaria.

TEE.—Estos son, pues, los dos productos de la parte divina del arte de hacer: la cosa misma y el simulacro que la sigue.

EXT.—¿Y el arte de hacer humano? ¿no decimos que la arquitectura puede construir una verdadera casa, y otra la pintura, que es como un sueño de creación humana?

TEE.—Ciertamente.

EXT.—Todas nuestras obras pueden referirse á estas dos producciones de nuestro arte de hacer; si se trata de la cosa misma, al arte de hacer las cosas; si de una imitación, al arte de hacer simulacros.

TEE.—Ahora comprendo. Divido el arte de hacer en dos especies, bajo dos puntos de vista. Bajo el uno, es el arte divino y el arte humano; bajo el otro, está el arte de producir seres y el de producir solamente sus imitaciones.

EXT.—Ahora, recordemos lo que hemos dicho del arte de hacer simulacros: debe comprender dos especies, el

arte de copiar y el arte de la fantasmagoría; si lo falso *es* realmente falso y pertenece naturalmente á la categoría de los seres.

TEE.—Muy bien.

EXT.—Esto es lo que hemos establecido, y por tanto, debemos sin dificultad contar estas dos especies.

TEE.—Sí.

EXT.—A su vez dividimos en dos el arte de la fantasmagoría.

TEE.—¿Cómo?

EXT.—En una parte se recurre á instrumentos extraños; en la otra, el autor de la representación se sirve él mismo de instrumento,

TEE.—¿Cómo?

EXT.—Cuando alguno representa tu manera de sér por la postura de su cuerpo, ó tu voz por las inflexiones de su voz, esta parte de la fantasmagoría se llama propiamente mímica.

TEE.—Sí.

EXT.—Démosla, pues, el nombre de arte mímica. En cuanto á la otra parte, para mayor comodidad, la dejaremos á un lado y abandonaremos á otro el cuidado de formar con ella un todo y de darle la denominación que la convenga.

TEE.—Admitamos estas divisiones y dejemos la segunda.

EXT.—Pero la primera merece aún ser dividida en dos. Hé aquí por qué.

TEE.—Habla.

EXT.—Entre los que imitan, unos lo hacen sabiendo lo que imitan, otros sin saberlo. ¿Hay una diferencia más profunda que la de la ignorancia y el conocimiento?

TEE.—No.

EXT.—Pero la imitación de que se trata es la imitación de los que saben. En efecto; ¿cómo imitar tu actitud y tu figura sin conocerla?

TEE.—Imposible.

EXT.—Pero ¿qué diremos del exterior de la justicia, y en general de la virtud? ¿No existe una porción de gentes que sin conocerla y teniendo de ella una simple opinión, se afanan por representar su imagen, tal como se la figuran, imitándola lo mejor posible en sus palabras y en sus acciones?

TEE.—Existe una infinidad.

EXT.—Digamos, pues, que hay una gran diferencia entre este último imitador y el precedente, entre el que ignora y el que conoce.

TEE.—Sí.

EXT.—¿Dónde encontrar para cada uno de ellos un nombre conveniente? evidentemente nada hay más difícil. Parece que nuestros antepasados experimentaban cierta aversión, de que no se daban cuenta, á la división de los géneros en especies; de suerte que nin-

guno de ellos emprendió la tarea de dividir. Resulta que estamos en una completa indigencia de nombres. No obstante, á riesgo de pasar por temerarios, nos sacrificaremos en aras de la claridad y llamaremos á la imitación que se funda en una simple opinión, imitación inconsciente (*Δοροπειπτικη*); y á la que se funda en la ciencia, imitación racional (*ωσορικη*).

TEE.—Sea.

EXT.—Esta es la primera de que debemos ocuparnos. Porque el sofista no es del número de los que saben, sino de los inconscientes.

TEE.—En efecto.

EXT.—Examinemos, pues, al imitador segun la opinión, como si fuese un pedazo de hierro, para asegurarnos de si está íntegro, ó tiene, por decirlo así, alguna soldadura.

TEE.—Examinémosle.

EXT.—Veo una y muy considerable. Algunos, entre los imitadores, son gentes sencillas que creen de buena fé saber las cosas, acerca de las que no tienen sino ideas muy superficiales. Pero hay otros que demuestran bastante claramente, por la versatilidad de sus discursos, que tienen conciencia plena de que ignoran las cosas que parecen saber ante el público.

TEE.—Ciertamente, existen las dos

clases de imitadores de que hablas.

EXT.—¿Por qué no llamar á los imitadores de la primera especie inocentes, y á los de la segunda irónicos?

TEE.—Nada lo impide.

EXT.—¿Pero este último género, es doble?

TEE.—Veamos.

EXT.—Examino y apercibo dos especies. Este es hábil en ejercer su ironía ante el público en largos discursos, ante la insensata asamblea; aquel, en particular en discursos entrecortados, obliga á su interlocutor á contradecirse.

TEE.—No se puede hablar con más precisión.

EXT.—¿Cómo designaremos al imitador con largos discursos? ¿le llamaremos político ú orador popular?

TEE.—Orador popular.

EXT.—Y al otro, ¿cómo le llamaremos, sábio ó sofista?

TEE.—Sábio no puede ser, porque hemos dicho que no sabe. Pero puesto que imita al sábio, debe evidentemente tomarle su nombre. Creo que á este es al que debemos llamar verdadero sofista.

EXT.—Encadenemos, pues, como precedentemente hemos hecho, las cualidades del sofista, remontándonos del fin al comienzo.

TEE.—Nada mejor.

EXT.—Así, la imitacion en esta clase de contradiccion que es irónica y segun la opinion; la imitacion fantasmagórica, que es una parte del arte de hacer simulacros, no la divina, sino la humana; la imitacion que está precisamente en el discurso, el arte de producir prestigios: tal es la raza, tal es la sangre del verdadero sofista, y al afirmarlo nada se asegura que no sea en todo y por todo evidente.

TEE.—Muy bien.

FIN DE EL SOFISTA.

UNIVERSIDAD DE NUEVA LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Vols. 1625 MONTENEGRO, MEXICO